

EL LADRÓN

Con diez años, cometió su primer robo en una granja que se encontraba de camino a la escuela. Fue un acto instintivo, sin haberlo planeado por adelantado. El hurto fue una bolsa de regaliz negro. Aunque sólo al salir a la calle se arrepintió de cogerla, después de un rato de pensar mientras saboreaba la deliciosa goma, no le pareció un hecho tan grave y sí emocionante.

Aquella mañana, veinticinco años después, acudió a su mente este hecho, después de entrar a robar en una casa. Para ser exactos, recordó este primer robo y una infinidad de robos más. Cómo si su vida que estaba llena de ellos, le pasara rápidamente por delante sin cesar, hasta quedar en un estado catatónico sin poder apartar la mirada de lo que acababa de descubrir. La agradable sensación que la subida de adrenalina le producía siempre que robaba, había desaparecido totalmente. En su lugar, todo lo que tenía en el estómago empezó a subirle por la garganta y devolvió todo el almuerzo de aquella mañana. Su cuerpo y sobre todo sus piernas empapas en sangre, dejaron de responderle y junto con el mareo que le sobrevino, se tuvo que sentar. Lo hizo en una elegante butaca de piel, sin poder apartar sus ojos de aquel cadáver que acababa de encontrar en aquella casa. Estaba más que claro que aquella persona estaba muerta. Aunque estaba cabeza abajo y parte del cuerpo estaba cubierto por una cortina, la abundante sangre que rodeaba al cuerpo y que hizo que resbalara cayendo sobre él, no dejaba ninguna duda. El miedo apareció nada más descubrirlo y se apoderará del ladrón. Pensó que no podía irse, dejar las cosas como estaban y olvidarse de todo como si nada. Había vomitado sobre el cadáver y sobre la sangre, además de pisarla y dejar sus huellas de todo su cuerpo, en ella. Si no ponía remedio al desastre, lo cogerían seguro. Aunque traía guantes como siempre, estaba claro que su ADN estaba alrededor y encima del muerto.

Cuando vio la mesa de vidrio rota por un lado y parte de esta incrustada en un lado de la cabeza del cadáver, no había que ser muy listo para llegar a la conclusión, que se trataba de un accidente.

El hombre debía de ser el dueño de la casa. Había investigado antes de escoger la casa como solía hacer siempre enterándose que vivía solo, después de haber enviudado recientemente. También lo había seguido, averiguando que a esa hora debería de haber estado en su despacho, que se encontraba en la otra punta de la ciudad.

El hombre, seguramente había resbalado sobre el pavimento excesivamente encerado, como pudo comprobar nada más colarse por la ventana que había escogido para entrar. Al perder el equilibrio el desafortunado propietario, había intentado cogerse a las cortinas que cedieron por su peso, con la mala fortuna que al caer, su cabeza chocó con la esquina de la mesa de vidrio.

No le quedaban dudas, que así habían sucedido los hechos. Pero la policía no lo vería del mismo modo si averiguaba que alguien más, había estado con él.

Con muchos nervios entonces, empezó analizar detenidamente todas las posibilidades para hacer desaparecer aquellas pruebas que lo incriminaban. Pasados unos largos minutos, no encontró ninguna respuesta. Estaba a punto de desesperarse del todo, cuando de repente encontró la solución justo delante de él, al ver una caja de cigarros ensangrentada a los pies del cadáver. Cogiéndola al momento, la colocó sobre sus rodillas. Una sonrisa pícaro apareció en sus labios, al ver que estaba llena y también que acababa de encontrar la manera perfecta de hacer desaparecer su presencia de la casa.

Extrajo un cigarro de su interior y pensó que añadir este elemento al accidente, haría que la policía y los bomberos, deducirían que el habano que estaba fumando el propietario, al entrar en contacto con las cortinas después del accidente, había originado el incendio. Aquello era genial pensó, mientras más sereno se frotaba las manos sin ningún temor ahora.

Cómo no podía salir manchado de sangre de la casa, se sacó toda la ropa hasta quedar completamente desnudo y se encaminó al dormitorio principal. Después de escoger una ropa de deporte y unas bambas para pasar lo más desapercibido posible cuando saliera del recinto de la casa, se dirigió de nuevo al salón. Cogió su ropa, los zapatos y sus guantes manchados de sangre y los introdujo en una bolsa de deporte que había cogido del mismo dormitorio y

haciendo desaparecer así sus pertenencias. A continuación, cogió de un estante una botella de whisky y roció bien la mitad de su contenido sobre el cuerpo y su entorno, hizo lo mismo con una de vodka y otra de ginebra, dejándolas de nuevo a su lugar. Comprobó atento la escena sin precipitarse durante un largo instante. No quería dejarse ningún detalle que pudiera entorpecer su idea. Tenía el cigarro en el bolsillo junto a un mechero y en sus manos lucía ahora unos nuevos guantes de lana que el desafortunado propietario, ya no podría ponerse. Después de observar con atención que no le pasaba por alto ningún detalle por alto, se sacó uno de los guantes para poder hacer mejor las dos últimas cosas que le quedaban, antes de marchar.

Mientras se vestía en el dormitorio, decidió no llevarse nada de valor de la casa y salir de allá lo antes posible, después de prender fuego. Algún familiar o la mujer de la limpieza, que había averiguado iban dos veces entre semana, podrían echar de menos lo que pudiera llevarse. Pero nunca echarían de menos el dinero que traía en la cartera si se quemaba todo y así al menos no se iría con las manos vacías.

Con mucho cuidado de no pisar la sangre, rodeó el cadáver por primera vez, colocándose ante el muerto. Desde donde se encontraba ahora, podía ver perfectamente el grueso vidrio de la mesa, incrustado en la sien del hombre a tres dedos de su ojo izquierdo, produciéndole seguramente la muerte en el acto. Esto es lo que pensó, mientras inclinándose alargó la mano buscándole la cartera, que encontró en la primera en el bolsillo interior de su chaqueta. La sorpresa que tuvo, le produjo un "dèjà-vu" muy potente. Podría decirse que fue transportado por unos interminables segundos, a otra dimensión. Bajo los efectos de esta sensación irreal, le pareció que estaba a punto de salirle el corazón por la boca, mientras miraba con manos temblorosas la foto de una chica. No podía creer lo que estaba viendo, ¿cómo era posible que aquel tipo tuviera la foto de su novia, su querido amor, dentro de la cartera? Con la sensación más fuerte aun, de la de un principio había sentido, giró la cabeza del desafortunado y pudo ver que sus terroríficas sospechas eran ciertas. Ante él, como si estuviera ante un espejo, estaba su cara llena de sangre. A continuación, una oscuridad total lo invadió todo. Recordó entonces

perplejo, como había resbalado sobre el pavimento encerado, e intentó cogerse a las cortinas sin éxito para no caer. Mientras recordaba aquello, una fuerte luz apareció de repente en la completa oscuridad, mostrándole al final del túnel, el camino a seguir.

Jordi Cabré Carbó